

## DESDE EL UMBRAL DE LA LLUVIA

A Valentín Arteaga



He estrechado su mano que da forma a la rima. Miro en el fondo de sus ojos un resplandor de vidrieras que confunden. Un hombre es siempre sus ojos, una mirada inicial que buscas exultante, el niño que vuelve con sus sueños de hombre en sus huellas de barro. He estrechado su mano, suave como el agua que cae tras los cristales del ventanal de su segundo piso. Al mirarle pienso estuviese prisionero de su mesa de estudio, de las librerías a su espalda, de las figuras un poco polvorientas que decoran su habitación, del cenicero que rebosa cigarros, de las placas que recuerdan los premios conseguidos, de la lámpara sobre sus cuartillas.)

Te siento en ocasiones tan lejano en todos, y, a la vez, creador de cada gota de lluvia que resbala por las colinas con un sollozo oculto que quizás recoja alguna estrella. Al otro lado de la mesa de tu despacho, eres igual a un monasterio, y tus ojos, vidrieras por donde se te adivina el miedo y la ternura. Eres un hombre. Sólo un hombre que idealiza la tarde y compone canciones.

(El no cruza el laberinto del portón del olvido. Siempre va desnudo por la vida, y Dios cruza en su carne, en sus ojos de asombro, desolados y antiguos. Todo él, desde Criptana a Roma, pasando por Madrid, Mallorca y Tomelloso, es como un rito gradual ahondando en la verdad que lleva a la ilusión. Su profunda congoja la esparce por los barrios bacantes del ensueño, y se queda muy solo viendo partir la tarde mientras llega el leve rumor de los pasos de su madre. El es torre que otea el horizonte del mar que por acá no existe.

Es polvo porque es blanca reseca; y es luz porque es cal, blancura de los pobres y reflejo del ámbito mágico de lo creativo a merced de la brújula que marca lo irreal. El hombre, rescatador dulcísimo a la sombra de la Iglesia de piedra, se hace cada día más amante del amor, a quien retengo a veces al hojear un libro y perderme al recordar su voz).

Los libros, hombre de ensañadores ojos, han sido siempre mi codicia; los escritores, mi fé; y los versos, la coraza para seguir zanjando lo mediocre. Por todo ello, creo en el arte que libera al crepúsculo y la aurora, en el tridimensional lenguaje que duplica el léxico y su música preservando, virginal, las cosas del planeta.